

La novela mexicana

"La Virgen de los Cristeros"

= Colaboración =

Buenos Aires, julio 1934.

Sr. don Fernando Robles.

Mi estimado amigo: A pesar de las múltiples tareas que absorben todo mi tiempo, he saboreado, ansiosamente, su novela "La Virgen de los Cristeros". El fervoroso interés que me suscitan los problemas de esa abnegada y heroica tierra suya, que en esencia son tan semejantes a los nuestros, y el poder evocador de sus palabras, que me han hecho revivir momentos inolvidables y gratas impresiones de mi visita a su patria, han trocado la lectura, en viaje imaginativo a través de los tipos y paisajes de aquel pueblo atormentado y maravilloso, y a través de nuestra raza toda; porque al relatar usted, en su novela, episodios y fases característicos de la revolución de su país, ha historiado Ud. un capítulo simbólico de la tragedia que afronta, al presente, nuestra raza. Desde el pueblo mexicano, que es el extremo de la cadena americana, pasando por las Antillas, hasta el solar ibérico, toda la raza se encuentra estremecida por una convulsión, más o menos latente o explícita, que remueve, sin piedad, las entrañas de nuestro pasado, y va a transformar la faz de nuestro destino. Trágicos y decisivos son los momentos que viven nuestros países; pero no son ellos solos. Una profunda revolución se está operando en el mundo, cuyos resultados van a decidir el porvenir de la raza blanca. El Oriente se despierta; abandona lentamente su sueño milenario; se apodera de la técnica y el saber occidentales y se prepara a lanzar sobre nosotros como avalanchas humanas, las centenas de millones de almas que lo pueblan para disputarnos el dominio de los destinos futuros de la tierra. Pero, ¿se dan cuenta de ello nuestros países occidentales? ¿Tienen acaso conciencia, sus clases gobernantes, del inminente peligro que nos acecha? ¿No se preparan, por lo contrario, a destrozarse entre sí de nuevo, como en el año 14, y como lo están haciendo ya dos países de los nuestros, que, aun estando casi despoblados, se aniquilan para disputarse otro pedazo de tierra que les servirá de sepultura?

Es inútil y nocivo que nos empeñemos en desconocer las perspectivas sombrías y la magnitud de los acontecimientos que nos amenazan. El optimismo beatífico que nos permita seguir alimentando nuestras rencillas domésticas no haría más que agravar nuestra situación y entregarnos inermes y desunidos al furor de los ciclones que van a desatarse.

Esa es la falla fundamental del protagonista de su obra, y por eso es ló-

gica e inevitable su derrota final. Aunque está animado, su héroe, de un ideal superior y constructivo, el desconocer la realidad y la intensidad de la tragedia en que se debate su país, esteriliza sus fuerzas y lo incapacita para obrar.

La doctrina que sostiene Ud. en su libro, es la sana y la única fecunda: cooperación en la libertad, unión para la justicia; mas, no es posible aplicarla en un círculo pequeño, ni quizá están preparados, todavía, para recibirla, los pueblos que sólo piensan en luchas y antagonismos. Necesitan despertar a ideales superiores; concebir ambiciones constructivas y superadoras de la nación y la raza; adquirir la conciencia del instante porque atraviesa hoy el mundo y comprender la unidad ineludible de nuestro destino e intereses.

Ardua y penosa tarea que nosotros debemos realizar en pocos años, si no queremos caer bajo el yugo de fuerzas superiores a las cuales no podemos dominar.

A promover entre el pueblo esa conciencia va dirigido su libro; y considero, por ello, que su novela es de significación continental. Con ligeras variantes en los motivos y el desarrollo del proceso revolucionario, cada uno de

nuestros pueblos podría verse en esa obra como en un espejo; y aprovechar la lección, si puede, en cabeza ajena para evitar fratricidios disolventes y emprender el camino constructivo. Creo, por lo mismo, que su novela debe ser leída y meditada por gobernantes y pueblo, en todos los países de nuestra raza. La amarga lección que encierra, y las severas verdades que contiene servirán para advertirnos y para desentumecernos, mostrándonos la catástrofe final a que conducen los odios que abrigamos, y los efectos disolutivos de las pasiones que nos devoran.

Es doblemente atractiva la enseñanza de su libro, por la elevada finalidad que lo ha inspirado y la naturalidad y belleza con que está escrito. Ha forjado Ud. un poema verídico y espontáneo, de trama histórica y popular, cuya intensa dramaticidad resalta sobre un fondo cautivante de poesía y de nobleza.

La grandeza moral que se desprende del ambiente que Ud. evoca hace que a pesar de la tragedia con que finaliza, no deje en el espíritu un sedimento de amargura y derrota; sino que suene, por el contrario, como una canción de gesta, esperanzadora, de los futuros destinos de nuestras razas, en la que brotan, de nuevo, epopeyas redentoras que engendrarán una vida más libre y más integral.

Le abraza y le felicita cordialmente,

Alfredo L. Palacios

Acerca de Chirico...

(Viene de la página siguiente)

"Dos hechos dominan el arte plástico de hoy día: Picasso significa, si no el advenimiento del espíritu oriental (Picasso es una inteligencia tan activa que la contemplación no le paralizaría el vuelo), al menos la disgregación del orden greco-latino; y Chirico representa a la Europa occidental que cobra conciencia de su decrepitud y que, replegada sobre sí misma, establece el balance de su pasado glorioso. Sus seres olímpicos, que no son sino maniqués deificados, o modelos en yeso animados de una vida superterrestre, tienen los brazos cargados de emblemas heteróclitos de una civilización cuyas ruinas evocan ciertos viejos accesorios sacados de un bric-à-brac o del fondo de una bodega.

"A este pintor nada lo engaña: Ni la perspectiva, ni la anatomía, ni las leyes de la composición. La perspectiva, que es ciencia exacta, se vuelve en sus manos expresión de magia formal. Uccello estaba loco de perspectiva. Pero, mientras que apasionada sed de conocimiento guiaba en sus investigaciones al pintor de la Batalla de San Egidio, los móviles de Giorgio de Chirico me parecen distintos. Chirico parece hipnotizarse frente a problemas precisos de los que extrae el valor poético. Sus alucinaciones tienen el aspecto sibilino y glacial de teoremas insolubles. En vano se intenta descubrir en su obra el impulso espontáneo. Su nostalgia es intelectual. Pertenece a esa raza de pensadores, gemelos de los matemáticos que crean nuevo el mundo haciendo líneas sobre líneas de números. Leonardo y Durero, alquimistas de la forma, Allan Poe, Mallarmé,

alquimistas de la palabra, son de esa raza que digo. Su tragedia consiste en percibir los límites de la ciencia racional y su propia impotencia para horadar el misterio por medio de la adivinación.

"La angustia de una época que les ha dado muerte a sus mitos, sin haber hallado la piedra filosofal; toda la soledad atroz que acaba de reducir a la nada lo que se tenía por cierto en física, se halla en la obra de Chirico.

"El drama de un Van Gogh, de un Soutine, de un Roualt, posee valor síquico individual. El drama de Giorgio de Chirico es de porte más elevado. El holandés, el ruso y el francés se confiesan delante de Dios. Cada uno de sus cuadros es plegaria al cielo, o inmolación. Chirico es ateo. Es como puede serlo sólo un hombre del Sur.

"Sus obras son especulaciones sobre temas que escrutaron un día los humanistas y que jamás después le han dejado al hombre un instante de tregua. Chirico no tiene la fe trascendental de un imaginero gótico. Pertenece a la historia moderna, cuyo punto de partida es el Renacimiento. Para nosotros representa el espíritu crítico, que substituye poco a poco a los dogmas de una religión revelada.

"Chirico es quizás el punto culminante del arte occidental, y su último baluarte. Su lirismo cerebral tiene la apariencia de un sencillo jeu d'esprit; pero es, en realidad, una forma superior de expresión estética.

"El desarrollo de este pintor será el desarrollo de una civilización, de la que él nos ha entregado la quintesencia".

París, 1928.